

# Frete libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,  
25 de enero  
de 1937

Número 68

editado por el comite de defensa - región centro

## Atención, milicianos: El silencio de los frentes es muy peligroso

Con claridad y energía

**Si el problema de abastos no se resuelve inmediatamente, lo resolveremos nosotros**

Cuando, producido ya el hecho revolucionario, se planteó con caracteres agudos el problema del abastecimiento de Madrid, las barriadas, por medio de sus organismos responsables, afrontaron decididamente la solución del conflicto. Actuaron, si se quiere, un poco desordenadamente. Pero consiguieron por sí solas que en Madrid no se careciese de nada y pudiera comer el millón y medio de habitantes que entonces tenía la capital de la República. Hubieron de hacerlo, un poco contra su voluntad, porque el Ayuntamiento madrileño ni servía ni sirve absolutamente para nada. Valientemente, con aciertos que sobreponían a las naturales deficiencias de una organización improvisada, las barriadas resolvieron el problema con una eficacia que nunca se les agradecerá lo suficiente.

Más tarde, cuando se constituyó el Comité Provincial de Abastos, las barriadas, actuando disciplinadamente, estimando terminada la misión ardua y difícil que en un momento crítico se habían impuesto, abandonaron sus tareas de abastecedoras de la población, creyendo que otros podrían realizarla con mayor eficacia, dedicando sus afanes de una manera integral a la defensa heroica del Madrid amenazado.

Pero los organismos oficiales no han sabido, no han podido o no han querido cumplir con su deber. Desde hace tres meses el abastecimiento de Madrid es cada vez más deficiente. Escasean, cuando no faltan en absoluto, los artículos de primera necesidad. Se forman colas interminables en las puertas de todas las tiendas, y en los hogares obreros faltan por completo el carbón y la carne, la leche y el azúcar.

Una y otra vez la Organización confederal—haciéndose eco del sentir unánime de un pueblo heroico—ha protestado contra todo un estado de cosas intolerable. Lo hemos hecho en todos los tonos y en todas las formas. Y siempre, siempre, se nos ha replicado asegurando que el problema quedaría resuelto en un plazo corto de días. Desgraciadamente, los hechos no han confirmado nunca las promesas. Cada día que pase la situación es más insostenible. Cada hora los artículos—los contados artículos que pueden adquirirse en Madrid—bajan en calidad lo que se elevan en precio. Sólo un millonario—o quienes por desgracia para todos les han sustituido—puede comer hoy. Los obreros, las familias de los luchadores del frente—que son quienes más nos interesan a nosotros—pasan necesidades, miserias y hambres. Hambres, porque no encuentran qué comer. Hambre, porque con las diez pesetas que debiera cobrar el miliciano no hay para comprar ni medio kilo de carne.

Esta situación no puede prolongarse por más tiempo. La Confederación Nacional del Trabajo está dispuesta a no tolerarlo ni un solo minuto más. Por última vez nos dirigimos al Comité Provincial de Abastos, a todos los organismos oficiales que funcionen, para pedirles, para exigirles mejor, que resuelvan en un plazo improrrogable de cuarenta y ocho horas el grave conflicto planteado. Conste bien que ya no pueden convencernos ni palabras ni promesas. Temeremos siempre que ocurra con ellas lo que con esos ochocientos mil kilos de alubias y esas ciento cincuenta mil docenas de huevos, que, según la Prensa, habían llegado a Madrid y que nadie ha logrado ver por parte alguna. Queremos realidades. Queremos que todo el mundo pueda comer. Queremos que desaparezca la vergüenza de las colas y de los hogares sin alimentos. Esto, todo esto, es lo que tienen que hacer los organismos oficiales, porque es lo que ya debieran haber hecho y no han realizado aún. Si dentro de dos días no se ha logrado nada práctico, si el miércoles el problema continúa en pie con los mismos caracteres de gravedad, las barriadas—que abastecieron a Madrid durante los primeros meses de la guerra—recabarán su completa libertad de acción. Organizarán economatos y tiendas; traerán los víveres como sea y de donde sea. Pero el pueblo de Madrid tendrá comida en abundancia y los que se juegan la vida en las trincheras tendrán la tranquilidad de saber que en la retaguardia no pasan hambre ni su mujer ni sus hijos.

Anunciamos serenamente una decisión firme. Nada ni nadie nos hará desistir de ella. El abasto de Madrid ha de quedar resuelto en un plazo perentorio. Y si es preciso, lo resolveremos nosotros, sin dejar intervenir a los mercaderes que ahora se enriquecen a costa de la sangre y la miseria de todo un pueblo.

### La guerra internacional viene

Reuniones y más reuniones, Consejos y más Consejos, intrigas sobre intrigas. Corredores de la muerte circundan el mundo. Todo indica que el capitalismo se apresta a levantar los pueblos, unos contra otros.

La situación internacional ha tomado cariz bélico, a consecuencia del ataque a las libertades por el fascismo en el suelo ibérico. No pudiendo vencer al pueblo español, fracasados en sus intentos los magnates de la reacción, apelan a las chanchullerías diplomáticas para adormecer el espíritu de ciertos pueblos liberales en supuestas reuniones de paz.

En el Extremo Oriente, el imperialismo alemán e italiano, se pone en jarras. La sangre ha corrido ya. En este punto neurálgico, ya hemos presenciado amenazas de cataclismo mundial, en otros tiempos; pero en las circunstancias actuales, es de suponer que obedecen a un plan preconcebido de llevar las hostilidades al terreno de una lucha internacional.

Desde los sectores antifascistas se debe observar los manejos turbios de la diplomacia para evitar derrame de sangre en nombre de la democracia que dicen sentir. España ha de servir de modelo y de trazo de unión entre todos aquellos que no sienten la idea de dominio de los pueblos, para que se apresten a defender sus menguadas libertades con armas en la mano, sin esperar que los Gobiernos apelen a las armas para ir a defender intereses que no son de los productores.

Frente a esa confabulación de mercenarios y caballeros de industria, de fie deben estar todos los que del trabajo viven, propugnando ya desde estos momentos la guerra social, antes que la guerra capitalista.

No puede permitir nadie que se sienta heredero de la tradición de la gran Revolución francesa, el que se encumbra sobre los pedestales de la libertad conquistada por el pueblo, la reacción que viene a suplantarlo el derecho de las minorías a manifestarse, por el estado totalitario, negación absoluta de toda iniciativa. Contra la guerra internacional que se avecina, pueblos conscientes del mundo, sed dignos de la hora que presenciaremos. Si un grito debe salir de los pechos oprimidos, es el de libertad.

La libertad que defiende el pueblo español, debe ser defendida por todos, al unísono, mientras en el planeta subsista un vástago de las tradiciones del Imperio romano.

**TODO PROGRESO HUMANO SE HA LOGRADO TRAS HABER DERRAMADO TORRENTES DE SANGRE**

LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES MIRAN PERPLEJAS HACIA ESPAÑA. POR ESO HITLER Y MUSSOLINI ENVÍAN LIBREMENTE TANTA BESTIA CON TESTUZ CUADRANGULAR A ESPAÑA

**La ayuda a España la esperamos sólo del proletariado**

No nos apartamos ni un paso de lo que venimos afirmando desde hace mucho tiempo; más concretamente, desde que empezó la lucha antifascista con las armas en las manos.

Todo lo que se intente conseguir de las potencias capitalistas, es tiempo perdido. Y todos los gastos que nuestro Gobierno produzca en el extranjero, enviando delegaciones a precio elevado, son energías económicas que se le malgastan al pueblo revolucionario y productora.

Sólo confiamos con la clase trabajadora.

Las Trade Unions de Inglaterra parecen que han comprendido bien lo que significa la gran pelea que tenemos en España. Y mientras en la Cámara de los Comunes los diputados laboristas, que dicen representar a la clase trabajadora y al sistema socialista, aplauden frenéticamente los discursos vacíos de contenido y ricos de palabrería vana de mister Eden; mientras ellos mismos aprueban entusiasmados esa política de contención contra el pueblo español y esa otra política de manga ancha en favor de los fascistas de todo el mundo, las Trade Unions trabajan y prometen trabajar por la causa del pueblo español. Han estado aquí, en Valencia, unos delegados que las Trade Unions han enviado para cerciorarse de la intervención armada de Alemania e Italia en nuestra contienda. Lo han visto y se han convencido, y por eso ahora, aunque con algún retraso, han prometido a nuestros combatientes que en Inglaterra trabajarán por la causa del pueblo español.

Estamos altamente satisfechos de esta determinación de los compañeros ingleses. Confiamos más en ellos que en sus diputados y en sus partidos políticos. Y les decimos desde este modesto periódico que, si ellos no nos ayudan de verdad, la Inglaterra oficial, la de los imperialistas y explotadores, que se amparan en la Cámara de los Comunes para aplaudir las vaciedades de mister Eden, no nos ayudará. Y que además de no ayudarnos, esos imperialistas ayudarán a los fasciosos para que nos aplasten con mayores garantías.

El proletariado sólo es capaz de llegar al sacrificio que hace falta realizar para que triunfe el pueblo español.

Nuestras sugerencias tuvieron un día eco en la Comisión Ejecutiva Nacional de la U. G. T., y ésta solicitó de su respectiva organización internacional una reunión urgente para tratar del pleito de España. Ignoramos la suerte que la solicitud ha corrido. Pero vemos que no se dan mucha prisa. Y ante tanta demora en un asunto que tiene vital importancia para la causa del mundo proletario, nos permitimos preguntar: ¿depende de León Jouhaux el resultado de las diligencias que han de dar lugar a la reunión de urgencia del organismo internacional al que pertenece la Unión General de Trabajadores?

La pregunta precedente completaría nuestro criterio sobre la actuación de la C. G. T., de Francia, mediatizada por León Jouhaux, representante oficial del Gobierno francés en el Bureau International du Travail de Ginebra, representante, por lo tanto, de la sociedad capitalista francesa en dicha oficina ginebrina. La C. G. T. (Confederation Générale du Travail) parece haber menguado su labor en Francia cerca de su Gobierno. No se siente respirar a esa poderosa organización desde que León Blum dió el cerrojo al problema en las Cortes, negando al pueblo francés libertad de venir a batirse en España al lado de los trabajadores. Es todo esto sospechoso. Y la U. G. T., tan interesada como nosotros de ver a los trabajadores franceses defendiendo nuestra causa, ya sea en Francia o en nuestras trincheras, le sometemos el caso, por si fuese necesario denunciar alguna maniobra solapada de los eternos judas del proletariado. No hemos olvidado que Jouhaux tiene ya su gran precedente en la última gran guerra europea, del que no interesa hablar ahora. Ya se hablará más tarde acaso, si las cosas no cambian.

**LA BURGUESÍA NACIÓ DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA. VINO AL MUNDO ENTRE CUAJARONES DE SANGRE, Y LO MISMO HABRÁ DE MARCHARSE**

**Ya es hora de que nos enteremos de que la bestia extranjera tendrá que ser aniquilada con nuestro propio esfuerzo**



# Frete libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:  
COMITÉ DE DEFENSA  
(Sección de Propaganda)  
Serrano, 111.-Tel. 58653

## Política internacional

### De Rusia a España.-El discurso de Edem.-Las democracias y su conducta sobre Rusia, España, Alemania e Italia

El título de este artículo, aunque parezca largo, no define todo lo que quisiéramos el propósito nuestro de evidenciar hechos históricos de suma gravedad, cuyas raíces radican en la Revolución rusa y tienen ahora su repercusión en la guerra civil española.

La Revolución rusa, con haber sido producida en un momento de gran desolación y miseria y en un período de convulsión mundial producido por la última gran guerra, tuvo sus peligros de verse ahogada por las potencias democráticas. Francia, a la cabeza de todas las democracias, en la que contribuyeron Inglaterra y los Estados Unidos, inició la invasión de Rusia, patrocinando el ejército mercenario de Wrangel, ex general ruso del zar, y la célebre expedición naval del mar Negro, que culminó en la sublevación de las tropas francesas que se unieron a la rebelión del pueblo ruso.

Fue Rusia, después del fracaso de Wrangel y de la retirada de Francia y las demás potencias democráticas del mundo que querían ahogar en sangre la Revolución proletaria del pueblo ruso, asediada y boicoteada por todo el capitalismo del mundo. Pudo Rusia resistir los embates de la reacción. Venció Rusia los asedios, los bloqueos y el aislamiento que le impuso el resto del mundo, gobernado por el capitalismo bajo sus más diversas formas políticas. Y después, ¿quién no recuerda los sonnetes que constantemente empleaba la reacción, cuando en cualquier país se producía una convulsión social cualquiera? Siempre era, al decir de toda la reacción, el oro de Rusia, el provocador de las convulsiones sociales!

Y con este pretexto se mantuvo a Rusia aislada en el concierto mundial del comercio internacional durante muchos años. Cuando el capitalismo de todos los países empezó a consentirle beligerancia y participación en el concierto mundial del intercambio, se establecieron tratados en los que figuraban cláusulas que obligaban a Rusia, ¡oh paradoja!, a renunciar a sus supuestas ingerencias en las contingencias sociales de los países que con ella concertaban tratados. Nótese que esas cláusulas, que hacían figurar en sus tratados con Rusia los Estados capitalistas, fueron impuestas por Francia e Inglaterra en primer lugar, para luego, un poco más tarde, los Estados Unidos imponerle, además de esas cláusulas de no ingerencia, otra en la que Rusia tendría que comprometerse a respetar todas las creencias religiosas.

Y Rusia, si quiso exportar sus productos y regularizar su intercambio para adquirir materias que no poseía, tuvo que aceptar esas cláusulas denigrantes, que dicen muy poco en favor de aquellos países democráticos, que en su mayoría eran regidos por una mayoría de políticos de ideología afín a Rusia; en Francia gobernaban los radicales-socialistas de Herriot con la ayuda de los socialistas; y en Inglaterra gobernaba Mac-Donald, jefe entonces del partido laborista, con la ayuda de los liberales.

Ahora, siguiendo la misma rutina, a Rusia se le pone un veto y se le ponen también por voluntad propia las mismas potencias democráticas, impidiendo que ningún voluntario salga de Rusia, Francia e Inglaterra, para combatir junto a la clase trabajadora española. El discurso de Eden, que ha merecido los aplausos de todos los diputados, así lo expresa. No se le ha ocurrido a ningún diputado recordar la diferencia de trato que los Gobiernos democráticos han dado a la Rusia revolucionaria con la que dan a la Europa fascista. Alemania e Italia son ahora para España lo que fueron entonces para Rusia Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Y Alemania e Italia recrudescen sus actividades de la forma más declarada que se pueda esperar. A nadie se le ocurre imponerles vetos serios, boicots, asedios, bloqueos y aislamientos a esos países agresores y propagandistas de una Revolución que debería repugnar a las potencias democráticas con más fuerza que la Revolución rusa y la española.

¿Hay con esta conducta motivos para sospechar que la perversidad que anima a los socialistas franceses, y a los comunistas franceses, a los laboristas y a los comunistas ingleses? Política y políticos, igual a hipocresía e hipocritas!

## Crónicas de retaguardia

### ¡Esa maldita Columna de Hierro!

Los que estáis en Madrid sois demasiado absorbentes. Creéis que todo el peligro está ahí y no comprendéis los riesgos y el heroísmo de los demás. Y, sin embargo, el verdadero peligro está aquí, en Valencia. Un ejemplo bastaría para convencerlos. Anoche hubo aquí veinticinco heridos. ¡Veinticinco heridos! No porque bombardearan los aviones fascistas. No porque los obuses facciosos cruzaran sobre la ciudad, sino porque tocaron las sirenas. Acaso os riais un poco. Pero es porque no sabéis el desastroso efecto que produce en quienes están cumpliendo con su deber en cualquier cabaret, el ladrillo angustioso de las sirenas. El espectáculo de Valencia era aterrador. Corría la gente por las calles, se desmayaban algunos turistas de Madrid, lloraban las mujeres y se escondían los hombres. La lucha en las puertas de los edificios que se consideraban seguros alcanzó caracteres épicos. Yo pude conseguir un refugio magnífico en un sótano, quizá porque corrí más que nadie. Pero otros valientes no acertaron con las puertas, se estrellaron contra los quicios y en el hospital ingresaron veinticinco personas. Fueron unas horas de espanto y horror, como no conocéis los emboscados de Madrid, los que conseguisteis quedaros en los tranquilos puestos de la vanguardia. Pasaron al fin. Y para remate, tuve que consolar a una inconsolable señorita en el «Bataclán» primero y en su casa después...

Pero no creáis que este es el único riesgo. Es, si acaso, el menos grave de todos. Porque en Valencia—aunque finjáis no creerlo quienes no tenéis el valor necesario para venir aquí—acechan toda clase de peligros. Bien claramente

lo advierte uno apenas da los primeros pasos por esta gran urbe inquieta y cosmopolita. Cuando pasé por la plaza de Castelar sentí un escalofrío. En una casa cercana al Ayuntamiento, ocupando casi toda la fachada, un gran cartelón dice: «No confiáis. El enemigo está a ciento cincuenta kilómetros.» ¡A ciento cincuenta kilómetros! Ciento cincuenta kilómetros, que en avión se recorren en media hora. Ciento cincuenta kilómetros, que en automóvil se cruzan en dos horas. Son las cuatro de la tarde—mis graves ocupaciones me impiden levantarme antes—; pues bien, los fascistas pueden estar paseándose por Valencia a las seis. ¡Ya véis si es grave y directo el peligro que nos amenaza.

Como el peligro es grave, en todas partes hay barricadas y parapetos. En las puertas de los cafés y cabarets, especialmente. Son enormes montones de sacos terrosos colocados estratégicamente. Gracias a ellos podemos tener cierta tranquilidad en el Eden Concert. Yo entré la otra noche para realizar una «misión especial» que me habían encomendado, y quedé encantado del talento de quien levantó las barricadas. Dentro, viendo como Eva Acosta nos mostraba sus intimidades y relataba con voz lacrimógena lo que le ocurrió entre unos cañaverales cubanos, yo meditaba profundamente. En el salón había lo menos cuatrocientas magníficas pistolas, varios mausers, algunas ametralladoras y no sé si algún cañón. Todos estábamos dispuestos a dar nuestra sangre por la Revolución. Si los fascistas hubieran llegado, todos hubiéramos defendido como leones la calle de las Barcas, desde los parapetos. No llegaron, quizá porque nos

tuvieron miedo. Pero nosotros les esperamos a pie firme, con ánimo sereno, cantando animosamente en unión de algunas bravas señoritas, hasta las cinco o las seis de la mañana.

Nada de esto, ninguno de los peligros que os relato me inquieta excesivamente. Tengo el valor suficiente para no huir hacia la Casa de Campo o la Ciudad Universitaria como habéis hecho vosotros. Pero hay una cosa que me tiene fuera de mí: la Columna de Hierro. Acaso hayáis oído hablar de ella. Son una serie de cobardes que, faltos de valor para luchar con el mismo heroísmo que nosotros en los frentes de Castelar y la Malvarrosa, se han marchado al Puerto Escandón a pegarse tiros con los fascistas, los moros, los alemanes y los guardias civiles. ¡Como si esto tuviera la menor importancia! Encima de huir, llenan de injurias a los que, cumpliendo nuestro deber, sacrificándonos por la causa, permanecemos en Valencia. Dicen que a las mujeres y a los chicos les ofrecen su hospitalidad. ¡Como si las mujeres y los chicos hicieran la menor falta aquí! En cambio, a nosotros, a todos nosotros, a los que acudimos desde Madrid en auxilio de Valencia amenazada, quieren arrojarlos al mar o enviarnos de nuevo a Madrid. Serán capaces de hacerlo. Ni nos agradecen lo que hemos hecho por Valencia ni nos lo pagan. Hay quien dice por aquí que hay que terminar con la Columna de Hierro. Yo lo creo también. Mientras no acabemos con ella no será posible pasar una temporada tranquila en esta dulce Valencia.

Pero haga lo que haga la Columna de Hierro, yo cumpliré heroicamente con mi deber. Estoy dispuesto a no dejar Valencia. ¡Y no la dejaré! Ellos podrán hacer lo que les parezca. Pero yo os doy mi palabra de honor de que no me marcharé de aquí mientras el enemigo, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, siga amenazando las dulces costas de Levante. Podéis, por ahora, despediros de mí. No volveré a Madrid. Lucharé heroicamente desde cualquier café de la plaza de Castelar. Aunque esa maldita Columna de Hierro se empeñe en lo contrario...

## Sin mala intención

### VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿Podría decirnos alguien qué hace en París el ex ministro republicano don Antonio Lara, que cruzó la frontera sin autorización de su partido y que actualmente ostenta un cargo bastante bien retribuido? ¿Por qué no dice Unión Republicana de una manera pública lo que muchos de sus miembros han dicho en privado sobre esta expatriación un tanto sorprendente?

¿Es cierto que el día 30 de agosto, antes de salir de España, el prohombre republicano don Marcelino Domingo hizo promesa solemne, incluso empeñando su palabra de honor, de que regresaría a España antes de quince días? ¿Es cierto que al cabo de cuatro meses y medio de la salida don Marcelino todavía no ha regresado ni piensa en regresar? ¿No lo es también que su señora se le reunió hace ya bastante tiempo en el extranjero, luego de algunas peripecias al pretender cruzar la frontera con un equipaje a todas luces excesivo? ¿Por qué Izquierda Republicana no dice lo que piensa acerca de los viajes interminables de esta distinguida pareja de turistas?

¿Por qué se extrañan tanto los investigadores del Partido Comunista cuando, al llegar a algunos talleres se encuentran con que no hay un solo militante de su organización? ¿Para qué y por qué quieren saber el número de obreros que trabajan en cada empresa y los que no están afiliados a su partido?

# Revolución Social

## La depuración de la burocracia

Antes de entrar en detalle sería curioso precisar cuál es la misión de cualquier organismo oficial. Hasta el presente se dibujaban perfectamente dos características, al parecer antagónicas, que en la práctica se alternaban y confundían a maravilla. El hombre de la calle, nosotros mismos, a pesar de las apariencias en contra, creemos que es un lugar público donde se estructura y encauza la vida del país; donde unos señores cobran unos tributos a cambio de ofrecer determinadas garantías a la población; donde se prestan debidos servicios de utilidad social; donde se atiende a todos los ciudadanos resolviendo sus cuitas y dificultades; donde los representantes del pueblo velan por su buena administración, compostura y decencia; donde se enlazan varios estamentos para convertirse en el eje directivo de la vida económica, ética y moral de un pueblo, de una ciudad y de toda la nación.

Pero ¿y si esta opinión nuestra no fuese más que un anacronismo, que un equívoco, que una falsa atribución del cometido funcional del Estado, de la Hacienda, del Municipio, etc.? ¿Y si en vez de lo expresado, estos lugares fueran destinados, en primer término, a servir de refugio a las amigas y a las queridas de concejales, ministros y paniaguados? ¿Y si no fuesen más que asilos distinguidos donde se nutren espléndidamente las clientelas políticas o los parientes de los caciques? ¿Y si no fuesen más que confortables retiros donde se puede trabajar poco y dormir mucho, donde el vivo, sin prestar servicio, puede estarse en París y cobrar el sueldo de Barcelona, donde el trashumante y el fresco encuentran una pensión segura y vitalicia sin hacer nada en absoluto?

Sin caer en exageraciones, sin herir la susceptibilidad de los que trabajaban, de los que prestan dignamente una función, digamos que los centros oficiales reunían ambas condiciones. Eran, a la vez, dependencias oficiales donde se resolvían determinados asuntos, donde una minoría cumplía con su deber, al mismo tiempo que servía de paraje para sestear, que proporcionaba confortable albergue a pandillas de vagos, aprovechados e inútiles. Con ello no hacíamos más que continuar nuestra «gloriosa» tradición. La empleomanía española es una enfermedad endémica. Hace más de un siglo que «Figaro» dijo: «No deo de reconocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo que corre siempre ni más ni menos que un río. Se pone uno malo o no se pone: no va a la oficina y corre la paga... ¿No sirve uno para maldita la cosa o tiene un enemigo dentro y le quitan de en medio? Siempre queda un sueldecito decente, si no por lo que trabaja ahora, por lo que ha dejado de trabajar antes...» ¿No es ésta aún la moral preponderante del burócrata actual?

¿Cómo cambiar esta tónica de estulticia, de desenfado, de nulidad, por otra responsable y eficiente? ¿Cómo restablecer el crédito que han perdido los organismos oficiales? Puede darse al asunto las vueltas que se quiera, puede incluso reconocerse que el incremento de tal inclinación es una consecuencia del ambiente, de la ineducación del temperamento; puede pensarse que nada tiene de extraño que la crisis, que el retraso industrial, que las leyes de herencia, que la inestabilidad económica, han convertido la caza del empleo en una especie de mito, de aspiración ideal; lo cierto es que estas razones, que estas atenuantes, no salvan del descrédito en que ha caído la burocracia; lo cierto es que estamos ante el dilema de dejar de intervenir en estos medios o de prestigiar la función del empleado, de revalidar la competencia, el rendimiento y solvencia moral de los servicios, oficinas y trabajos públicos.

C. N. T.

A. I. T.

### Sindicato Unico de la Construcción de Madrid

Se recuerda a todos los compañeros afiliados a este Sindicato que detentan cargos dentro y fuera de esta localidad el deber que tienen de comunicarlo sin excusa ni pretexto a este Comité, para que no quede roto el contacto entre los militantes y el Sindicato.

No creemos necesario detallar los motivos de este requerimiento, y esperamos que todos cumplirán con este deber, no obligando a este Sindicato a tomar medidas que pudiesen ser dolorosas para ambas partes.

Por el Comité,  
EL SECRETARIO.

### La economía y la Revolución

Los proletarios de todo el mundo nos contemplaban. Han puesto en nosotros sus esperanzas de emancipación social y confían que sabremos establecer un régimen de igualdad y justicia para todos, a fin de recoger las enseñanzas que nuestra Revolución les aporte, para hacer ellos lo propio el día de mañana.

¡No debemos defraudarlos! Todo este movimiento revolucionario que se está operando en todos los ámbitos del mundo, es la mejor arma que podemos esgrimir en la lucha contra el fascismo internacional. Si fracasáramos, asestaríamos un rudo golpe a sus ilusiones y, en consecuencia, todo este movimiento universal se vendría abajo.

Los frentes de batalla han sido espejos que han reflejado la heroicidad de nuestras milicias. La retaguardia debe demostrar al mundo la capacidad creadora de nuestros organismos obreros.

Una economía cimentada sobre bases que interpreten el verdadero sentir de nuestro pueblo y cuyos hilos funcionen en completa armonía, es la mejor propaganda que podemos apretar para nuestra causa.

Son los Sindicatos los que deben controlar la producción y la distribución. Son ellos los que, por mediación de los Comités de Comarca, por ellos mismos representados, deben efectuar el intercambio en la nación y con el extranjero de sus productos sobrantes. Son ellos los únicos que pueden intensificar la producción y hacer de nuestra economía un fiel reflejo del bienestar colectivo que aspiramos.

Los órganos oficiales se deben limitar solamente a sus funciones: a las relaciones oficiales con los demás países. Corresponde, pues, a las organizaciones productoras el control y la distribución de los productos, y a los organismos oficiales los tratados de comercio con los demás países y demás derivados que se hayan de tratar con los órganos oficiales de los países extranjeros.

Dando a cada organismo plena autonomía en lo que le corresponda organizar, bien enlazados entre sí, obtendremos una economía sencilla y fructífera en resultados, que será la admiración de adeptos y profanos.

GRÁFICAS NACIONAL.-Abascal, 4.-MADRID